

Federico II de Prusia

Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo

Traducción, introducción y notas de R. Aramayo

[Colección: Clásicos políticos, 1995, 205 págs.]

1. Este es un libro que da que pensar. Por eso hay que agradecer al Centro de Estudios Constitucionales la publicación de la muy cuidada traducción de Roberto Aramayo¹. Sin embargo, cuando decimos que algo nos da que pensar queremos, en realidad, advertir que dudamos de ello o bien que algo en ello nos genera dudas. Y esto es justamente lo que sucede en este caso. El libro provoca nuestra reflexión pero, las más de las veces, no consigue más que sembrar dudas sobre sus tesis. Y no es, me apresuro a escribirlo, que uno no simpatice con el muy humanista e ilustrado enfoque de Federico y Votaire. No es que parezca irrazonable que se critique la brutalidad política o la crueldad del poder. Es, más bien, que se hace desde posiciones que cuando no parecen ingenuas

suenan como “apolíticas”. No es de extrañar que los comentaristas que se aplican a cantar las “verdades” de Federico, después tengan que escribir que algunas de las acciones políticas posteriores del gobernante prusiano “contradecirían” lo que puede leerse en el texto. ¿Cómo podía haber sido de otro modo tratándose de un gobernante (aun cuando fuera un gobernante sabio)?

Leemos y releemos a Maquiavelo desde hace cuatro siglos. Los politólogos lo citan abundantemente y la literatura sobre su obra se agolpa título tras título. ¿Existe una suerte de perversión oculta en esto? ¿Es qué los que se dedican a leer o escribir sobre política son (somos) especialmente malvados o sádicos? ¿Deberíamos aprender a ser “éticos” y no “politólogos”? ¿Disfrutamos

¹ Muy cuidada traducción y edición. De hecho el lector encontrará en este libro la reunión de varias ediciones del texto y unas notas históricas interesantes y útiles. Aun cuando podría ser que alguien opinara que este aparato crítico

hace preciosa la lectura, creo que es de agradecer que convierte al libro en susceptible de atraer a varios tipos de lectores: desde aquél interesado pero desconocedor del contexto, hasta el especialista puntilloso con los detalles.

por alguna oscura razón leyendo a Maquiavelo que durante siglos ha sido, sin duda alguna, el autor más insultado y repudiado a toda la tradición occidental?

Es posible que leamos críticas a Robespierre, a Lenin o a Schmitt que resulten tan militantes como las críticas a Maquiavelo, pero difícilmente encontraremos epítetos más crueles y más despiadados que los dedicados al florentino y, desde luego, nunca tan abundantes. El lector del *Antimaquiavelo* tendrá ocasión de encontrar en el texto de Federico II algunas descalificaciones que, si estuvieran dirigidas a cualquier otro autor nos resultarían sorprendentes, pero que dirigidas a Maquiavelo son, parece, apenas naturales.

El autor de *El Príncipe* es “despreciable”, “un monstruo que ni siquiera el infierno acertaría bien a engendrar”, alguien que desea “destruir a la humanidad”, un infame e insolente que quiere enseñarnos “la traición, perfidia, el asesinato y todos los crímenes”, alguien que “adolece de sentimiento, de buena fe y de razón”, persona de “achicado ingenio”, “el peor y el más perverso de los hombres”, y, en definitiva, un “sofista” del crimen cuya “lógica es tan mala como depravada [su] moral”². Maquiavelo es, pues, al uní-

sono, un canalla y un imbécil. Claro que el florentino ya había sido calificado con peores epítetos por muchos otros autores antes que por Federico II y también tras él existe abundante bibliografía igualmente ponderada. Situación bien curiosa la nuestra: embabidos durante siglos en la lectura de la obra de semejante sujeto impresentable. Y, sin embargo...

Y sin embargo, las cosas no deben ser tan fáciles. Ningún canalla imbécil ha merecido una atención tan profunda y duradera. Algo de lo que dice debe tener algún destello de inteligencia, alguna de sus tesis debe ser digna de pensarse de nuevo, ciertas afirmaciones quizá constituyan todavía hoy problemas para nosotros. Acaso después de todo no sea casual que todo el mundo conozca *El Príncipe* y pocos sus “refutación”.

Creo recordar que Joseph Schumpeter decía de Marx que cuando éste encontraba difícil criticar una tesis que le resultaba molesta para su argumentación, hacía sobre ella un chiste intentado que la risa del lector le distrajera del problema. Algo parecido ocurre aquí. Los insultos anti-maquiavelianos entierran bajo la indignación moral los problemas (tanto políticos como éticos) a los que el florentino apunta. Pero esos

vo, y para evitar las continuas llamadas a pié de página, las referencias se darán entre paréntesis en el texto.

problemas tienen una vitalidad y una potencia tan extremadamente grande que reaparecen bajo otros disfraces y se hacen “nuestros” problemas mal que nos pese.

2. Resulta bastante inútil, y por lo demás tampoco es el objetivo de la recensión, ofrecer un reencuentro de los puntos de fricción entre Federico/Voltaire y Maquiavelo. Basten unos cuantos comentarios generales para resumir algunas de los principales dilemas políticos en los que se ven atrapados todos ellos, y no únicamente el florentino.

Empecemos por el que creo es el corazón del problema. En la página 69 del texto se lee: “La virtud debería ser el único motivo de nuestras acciones, porque quien habla de virtud está hablando de la razón; se trata de cosas inseparables y que lo serán siempre que se quiera obrar consecuentemente”. Virtud y razón, pues, son caras de la misma moneda de donde podría deducirse que gobernar con virtud es lo mismo que gobernar de acuerdo con la razón. Por eso Federico II puede añadir que el auténtico interés de los soberanos es hacer el bien y ser justos (178) y que el primer deber del príncipe es la administración de justicia, aunque el segundo sea la protección y defensa de sus Estados (100).

Ahora bien, Federico/Voltaire dan aquí por supuesto *precisamente lo que constituye el problema*

maquiaveliano, a saber: que existe armonía entre virtud y razón, justicia y bien común. Pero Maquiavelo trabaja sobre la hipótesis contraria: no existe siempre y en todos los casos esa armonía; la *virtù* política no siempre consiste en actuar con justicia. Existen ocasiones en las que hay que elegir entre mantener ciertos códigos éticos y morales a través de la justicia o proteger y defender el bien común o el Estado mediante acciones éticamente trasgresoras. Aunque es posible que esta tesis resulte más clara para un lector de los *Discorsi*, es también accesible al lector de *El Príncipe*. En realidad seguimos leyendo y releendo a Maquiavelo porque supo exponer con claridad (y despiadadamente) algunos de los dilemas (éticos y políticos) en los que su hipótesis de escisión nos arroja.

Federico cree que aquellos que actúan con maldad (es decir, en contra de la virtud —cristiana, humanista, ilustrada— y a favor de la *virtù* —republicana, maquiaveliana, trasgresora—) “aun cuando escapan al rigor de las leyes, pierden el juicio y la razón al igual que Maquiavelo” (64). Pero la hipótesis de la locura y la estupidez está, creo, más cerca del gobernante que cree en la armonía perfecta entre virtud y razón, bien común y justicia, que en aquellos que problematizan tal identidad.

Nuestro autor prusiano, como por lo demás ocurre con casi toda la

tradición antimaquiavélica desde el XVI en adelante, se ve atrapado rápidamente por aquello que denuncia. Un ejemplo entre varios posibles: aun cuando “quienes gobiernan el universo han de dar ejemplos de virtud a los ojos del mundo” (166) y el disimulo, el engaño y la falsedad siempre son descubiertos (121), a veces, parece, tales reglas no se aplican. Así, dice, “reconozco... que existen situaciones enojosas en las cuales un príncipe no sabría dejar de romper sus tratados y alianzas; sin embargo, debe hacerlo con buenas maneras, no dejando de advertir a sus aliados y nunca sin que los exija la salvación de su pueblo u otra perentoriedad por el estilo” (125). Es decir, existen situaciones, vinculadas, como en el Maquiavelo republicano, al bien común y a la seguridad del pueblo, en las que hemos de admitir que el problema expuesto por el Secretario florentino es real y que algunas de las soluciones propuestas por él no son completamente estúpidas ni proceden de una maldad intrínseca que anida en su alma, sino que responden a problemas *reales*. Dicho de otro modo, a veces para realizar la razón (que para Maquiavelo, pero no sólo para él, es el bien del pueblo, el bien del Estado, el bien común) es necesario actuar en contra de la virtud (cristiana, humanitaria, liberal).

Es interesante advertir que a continuación del texto recién citado

Federico II reproduce unas palabras de Maquiavelo en las que éste dice que el príncipe debe a veces no ser bueno sino sólo aparentarlo con el objetivo de desbloquear ciertas situaciones políticas intratables de otro modo. Federico II, en vez de “coger el toro por los cuernos” y enfrentar el problema, prefiere abandonarse a la “lirica” insultante: “estos pensamientos apuntan, hay que reconocerlo, a todo un galimatías; un hombre que razona así, no puede comprenderse a sí mismo y no merece la pena intentar adivinar su enigma o desenredar su caos” (126). Caso y enigma que son los nuestros, debería añadir... pero no lo hace.

3. Claro que lo que puede que ocurra es que Federico II supone que el saber maquiaveliano ya no se aplica porque está pasado de moda. Que hubo un tiempo en el que podía tener aplicación, pero que el siglo de la ilustración ha superado estos problemas. Esa parece, a ratos, ser la huída elegida por nuestro autor: el cuerpo político europeo, nos dice, ha cambiado, el poder de los reyes está ahora sólidamente establecido y existe un equilibrio de poderes en Europa “que subsiste por prudencia, que mantiene la igualdad y cuyo único objetivo es el reposo del mundo”. “Todas estas cosas han provocado un cambio tan universal y generalizado que vuelven a la mayoría de las máximas de

Maquiavelo inaplicables a nuestra política moderna” (71). Así: “las conjuras y los asesinatos casi se han dejado de cometer en el mundo” (131). “La moda de las sediciones y las revoluciones parece haber pasado por completo en nuestros días” (119). “Después de este siglo bárbaro, ya sea porque los hombres hayan dejado de destruirse mutuamente y de derramar su sangre, ya sea porque se han vuelto más razonables, se ha dejado de oír hablar de sediciones y revueltas, y se diría que ese espíritu de inquietud, después de haber trabajado bastante, se ha tomado unas merecidas vacaciones (143-4).

Desde luego, hay que confesar que Federico II no era profeta. Nadie puede negar la repugnancia que sentimos por ciertos consejos del florentino, ni tampoco que muchos de ellos son totalmente incompatibles con nuestra sensibilidad (ética y política) contemporánea. Algo ha cambiado, por tanto. Pero eso es una cosa y otra bien distinta suponer que los problemas reales que daban origen al planteamiento maquiaveliano se han esfumado igualmente.

Por otro lado, puede que Federico II crea que los dilemas escisiones y problemas, no sólo desapa-

recen, sino que *deben* desaparecer porque Maquiavelo es, básicamente, un hombre malvado: su príncipe engaña al pueblo, simula y disimula ante él, traiciona y esconde su traición, se viste con “el ropaje de la inocencia” (53) tras haber cometido actos culpables, etc. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que Maquiavelo dirige su consejo al que debería ser el más virtuoso de los hombres: el gobernante. Y, puesto que pasa sus escritos por la imprenta (57)³, enseña perfidia y traición al universo entero: todos los tiranos escuchan su consejo. Así, el mal lo inunda todo y su impacto *debe* ser detenido.

En este caso, Maquiavelo aparece como un mal moralista que enseña una mala moral (muy en la línea de lo que Leo Strauss escribirá en nuestro siglo sobre él o de lo que escribieron Francisco de Quevedo y otros muchos antes). No obstante, en esta interpretación no se contemplan los posibles efectos críticos que una descripción descarnada de los resortes del poder podría llevar aparejada. Después de todo, como ya señaló Antonio Gramsci, una posible consecuencia de “hablar claro” sobre los resortes del poder y sus trampas quizá no sólo conduzca al aprendizaje del “mal” por parte del príncipe,

3 Es conocido que *El Príncipe* nunca pasó por la imprenta en vida de su autor. Es igualmente sabido que el opúsculo fue pensado por Maquiavelo como un regalo

al Médici que gobernaba Florencia. El florentino no es culpable del éxito editorial de sus escritos, aunque a Federico no parezca importarle.

sino también a la educación cívica del nuevo soberano (el pueblo) al que ya no podrían ocultarse los fundamentos del poder bajo una cortina de frases grandilocuentes y huecas. Pero es clara la razón por la que un gobernante ilustrado como Federico II no quiere adoptar esa perspectiva: si el gobierno descansa en la crueldad y en la mentira no existiría forma de distinguir al gobierno legítimo del ilegítimo. De esta manera Federico vincula la mala moralidad de Maquiavelo con las malas consecuencias políticas de la aplicación de esa moralidad. Una estrategia argumentativa, como puede verse, de fuerte sabor maquiaveliano: lo que constituye a esa moralidad maquiaveliana como mala son sus consecuencias políticas.

Sin embargo hoy no suele ser aquella la forma de ver las cosas. Lo que hoy es moneda corriente para intentar escapar al campo de juego maquiaveliano no es llamarlo malvado pasado de moda y suponerlo “maestro del mal”, sino una estrategia de distracción de diferente cuño. Tal estrategia consiste básicamente en establecer una frontera entre dos esferas: la moral (que correspondería, por ejemplo, a Federico/Voltaire) y la política (que correspondería a Maquiavelo). No se trata, pues, de que Maquiavelo sea un malvado o enseñe una mala moralidad. Se trata, más bien, de que habla de cosas distintas a las cosas morales porque, al

parecer lamentablemente, moral y política son reinos divorciados e irreconciliables. Pero, me temo, que esto no es exactamente así.

Lo que ocurre es que, tanto Federico II como Maquiavelo hablan de política, moral y ética a un mismo tiempo. Y, bien pensado, si este no fuera el caso no tendríamos realmente problema alguno. Nos hallamos ante un distinto enfoque ético, moral y político de las escisiones existentes en nuestra forma de vida. No hay esferas separadas, hay problemas que deben ser enfrentados primando ciertos valores (por ejemplo, seguridad y autonomía para la comunidad) frente a otros (por ejemplo, justicia y comportamiento irreprochable). Ciertos casos extremos (que hay que admitir que no siempre son los más habituales, pero que en este momento servirán bien a la explicación de lo que quiero decir), ciertos casos de esta índole podrán aclarar la tesis que propongo.

Imaginémonos en Bosnia hace unos meses o en Polonia en el año 1939 o en Checoslovaquia en 1968. Imaginemos que, antes estas situaciones de excepción, un grupo de ciudadanos (o un grupo de representantes políticos) tienen que decidir si deben mentir a serbios, nazis o soviéticos sobre su intención de mantener ciertos compromisos adquiridos. Si deben, quizá, engañar a la comunidad internacional sobre

sus intenciones reales. Si deben, incluso, asesinar a ciertos espías antes de que lleguen a la frontera. Si deben desencadenar una “guerra preventiva” (aunque en los ejemplos que manejamos esto suena a sarcasmo). Si deben mantener en secreto ante su propio pueblo ciertas decisiones dirigidas a proteger a la comunidad, pero éticamente reprochables. Si deben, llegando al extremo más duro del ejemplo, sacrificar a parte de sus conciudadanos para lograr mantener la seguridad y autonomía de sus comunidades políticas.

¿Estamos tratando en estos casos de dilemas en los que cabe decir que ética y política se escinden? O, más bien, ¿estamos enfrentando elecciones en las que los compromisos éticos son continuamente matizados por la necesidad política y la necesidad política siempre se encuentra con ciertos límites éticos últimos? Puede que los sujetos del ejemplo decidan mentir a los nazis y a la comunidad internacional, pero no a su pueblo (aunque no se me ocurre como podrían). Puede que decidan mentir a todos e incluso lleguen a sacrificar a parte de sus conciudadanos. Puede que se decidan en cambio por la perfección moral (¿) individualista y se dejen masacrar (ellos y los que dependen de ellos y de su decisión) sin oponer resistencia pues “si para

cambiar el mundo hay que hacer llorar a un niño, no deben cambiarse el mundo”. Todas estas soluciones y muchas más son posibles. Pero ¿caen unas de ellas en el campo de la ética y otras en el de la política? ¿son unas privativas de Federico/Voltaire y otras maquiavélicas?

Max Weber dio nombre a este problema y señaló cómo la mínima responsabilidad política exigía convertir una estéril ética de principios de una ética prudencial. Conviene, sin embargo, recordar que Weber dio nombre a un problema y describió un conjunto de tensiones, pero no solucionó aquél ni reconcilió éstas... ni pretendía hacerlo.

No existe, pues, divorcio entre ética y política que haga posible para nosotros escapar a las escisiones. Toda posición adoptada ante cursos de acción alternativos y escindidos es, al tiempo, ético y política. Es, en definitiva, un mismo problema al que nos enfrentamos y si Maquiavelo supo describir bien algunas de sus aristas, Federico/Voltaire tuvieron, en sus mejores momentos, la intención de redescrirlas en términos distintos y de hacer posible ante ellas una alternativa ética y política de nuevo cuño.

Rafael DEL AGUILA TEJERINA

